

COMENTARIO A HUMBERTO GIANNINI

Sonia Montecino

Escritora y Antropóloga

Del libro «Utopías» del Ministerio de Educación

«Se llama efímero a aquello que parece no dejar huellas a su paso; pasa y se va, decimos. Pero, por otra parte, pasa aquello que repentinamente ocurre en la quieta identidad del pasar cotidiano, y se instala y se queda en medio de la vida de alguien». (Humberto Giannini). Los haceres cotidianos femeninos son bordados, hilvanados, conectados por la fugacidad. Hacer la limpieza de una casa es construir un orden provisorio, casi una ilusión que será desbaratada cuando alguien se aposente en el sillón y hunda los cojines perfectamente acomodados; cuando otro mueva el cenicero y lo replete de colillas; cuando una visita ocupe espacios que no le son asignados, ¿hay algo más frágil, más efímero que el orden doméstico en nuestra existencia diaria? Pareciera que no y, sin embargo, sin esa estructura que se arma y se desarma continuamente no podríamos vivir. Se instala, entonces, al decir Humberto Giannini, «en medio de la vida de alguien», instalación que, agregamos, crea una sintaxis que nos enseña a coordinar y unir fragmentos necesarios para nuestra sobrevivencia.

También, la elaboración de la comida-al igual que la limpieza-supone el despliegue incesante de los pasajeros: pensar una comida-para quien la prepara-es levantar primero una arquitectura de imágenes, sabores, mezclas y relaciones de guiso; es asimismo pensar a los otros (los destinatarios). Luego supone su preparación (la concreción de las ideas), y por último, el momento más importante: la presentación de las fuentes, vasijas y platos que contienen la fisonomía perfecta del modelo ideado. Será ese sólo instante el que «se quede en medio de la vida» de quien lo ha estructurado y de quien lo ha experimentado. Después, se asoma lo perecedero con toda su magnitud deshaciendo la figura de aromas, colores y sabores, denunciando el paso de lo efímero.

«Somos esa tierra que recorremos día a día, esos lugares que frecuentamos, esos afectos que cultivamos», dice Giannini.

Del mismo modo, «somos» ese continuo hacer y deshacer privado del aseo y la comida, y lo somos en tanto habitamos un espacio y un cuerpo que requiere de esos actos que aunque concretos son momentáneos, transitorios y poco duraderos. La eficiencia de los ritos reside precisamente en que son realizados una y otra vez, para llenarnos de sentido. De un sentido que está muy lejos, a veces, de las contingencias de la producción y del mercado, toda vez que los gestos efímeros de la preparación del alimento y de la mantención del hogar están hablando cotidianamente de la muerte (en cuanto su calidad de perecederos) y de la vida (en tanto su capacidad reproductora de la especie y de la cultura).

«Existir e insistir, persistir»: se insiste en reiterar, casi angustiosamente, por parte de las mujeres, los movimientos necesarios para mantener el universo doméstico que se construye y destruye todos los días. Lo femenino

permite así el flujo perpetuo de lo efímero en el doble sentido de sus haceres artesanales (culturales) y de sus haceres biológicos (naturales). El sitio simbólico de lo femenino, entonces, podría ser leído como una utopía singular en cuanto continua realización o irrealización, en cuanto movilidad y fijeza, en cuanto insistencia y renunciamento.

«Si algo bueno-entre tantas cosas-ha ocurrido en estas últimas décadas, es el haber perdido confianza en las utopías como grandes construcciones mentales...si algo malo nos ocurre es, como dice Pascal, el hecho de quemar el presente que tenemos (lo efímero) por un poder ser que, en última instancia, se reduce a mero anhelo de poder».

En nuestra cultura mestiza latinoamericana el lugar de lo doméstico e incluso de la oralidad (otro acto perecedero) es el lugar de la madre; sitio desprestigiado por los «ilustrados» y «venerado» por el mundo popular. Concebido como espacio marginal al poder (de las utopías, de los grandes procesos de cambio), el hogar se «privatizó» hasta tal extremo en el discurso y pensamiento de los «grandes paradigmas» (incluso de los feministas) que sólo quedó como «ejército de reserva», como la sala de estar o como el dormitorio de los agobiados constructores del «mundo nuevo».

Hoy, ese efímero orden que construye las madres (o las -madres) pareciera ser la metáfora de un «poder ser» que no es mero anhelo de poder, puesto que su obsesión por ejemplo, en «pláticas eternas cuyo objeto es al nada» las ha adiestrado por siglos a ser antieconómicas (derrochadoras): su constante trato con elementos orgánicos que desaparecen, se pudren, se secan, las acerca a ciclos y tiempos improductivos; su «ser para otros» las politiza (en términos de su preocupación por un colectivo), pero las deja fuera de las negociaciones porque aman (porque los afectos son más importantes que las estrategias).

De este modo, las mujeres, las madres, en su ubicación de reproductoras de lo doméstico (sobre todo en nuestros países) podrían constituir un vasto campo de resistencia a los grandes discursos, incluso el que sacraliza el mercado. Su tremenda función de administradoras de lo efímero así parece mostrarlo.

Para terminar quisiera recordar las ideas de Tamara Kamenszain, que si bien están pensadas dentro de un ámbito distinto al que tratamos, expresa los supuestos que hay tras mi interlocución: «Esta posibilidad femenina de espiar en las costuras para ver las construcciones por su reverso abre a la mujer, en su relación con la escritura, el camino de la vanguardia. Vanguardia vieja y nueva en la que los textos dejan jugar al lector con la artificialidad de la hechura. Y es en esa milenaria escuela de las tareas domésticas donde se aprenden las reglas de esa modernidad. Viejo como el mundo, sólo el trabajo inútil y callado puede conseguir engarces nuevos».